

The background of the book cover is a watercolor-style illustration of a landscape. In the foreground, there are dark, spindly trees and bushes. A small, light-colored, rectangular structure with a curved top, possibly a shrine or a small building, sits on a patch of ground. In the middle ground, there is a line of trees and a body of water. The background shows rolling hills under a pale sky.

**RAFAEL
SÁNCHEZ
FERLOSIO**

**El escudo
de Jotán**

Cuentos reunidos

Las ocho piezas reunidas en este volumen constituyen la práctica totalidad de la narrativa breve de Rafael Sánchez Ferlosio, excepción hecha de unos pocos relatos primerizos que el autor nunca ha consentido volver a publicar. No se incluyen aquí fragmentos ni pecios, sino únicamente relatos, fábulas y cuentos propiamente dichos, escritos a lo largo de más de medio siglo. Si los primeros se hallan en la estela de *El Jarama*, los más recientes establecen sutiles y a veces sorprendentes conexiones con los intereses y las obsesiones del Ferlosio ensayista, haciendo patente la genuina condición de narrador que late en todos sus escritos y que, a despecho de su parquedad como fabulador, lo ha consagrado como uno de los autores indispensables de la literatura española.

NOTA DE LOS EDITORES

Aunque perteneciente a una generación de escritores pródiga en cuentistas excelentes (algunos de los cuales, como Ignacio Aldecoa, Medardo Fraile y Jesús Fernández Santos fueron buenos amigos suyos), Rafael Sánchez Ferlosio ha sido él mismo un cuentista ocasional, cuya contribución a este género —el del cuento o relato breve— apenas suma una docena de piezas, buena parte de ellas reunidas en el presente volumen, en el que se dan cronológicamente.

Conviene recordar, así y todo, que fueron dos cuentos los primeros textos publicados por el autor, muy joven aún, ambos en *La Hora. Semanario de los Estudiantes Españoles*: «El sueño» (núm. 6, 10 de diciembre de 1948) y «El caballero de oro» (núm. 41, 11 de diciembre de 1949). Poco después aparecería *Industrias y andanzas de Alfanhuí* (Talleres Gráficos Cíes de Madrid, 1951), libro que si bien suele pasar por novela, fue saludado cuando su aparición, no sin razones, como un «bellísimo collar de cuentos» (así lo describía Ramón de Garciasol en una reseña publicada en *Ínsula*, IV, núm. 58, 15 de agosto de 1951, p. 4). Por aquel entonces, Sánchez Ferlosio frecuentaba un grupo de estudiantes más o menos letraheridos que se aglutinarían en torno a *Revista Española*, fundada en 1953 por Antonio Rodríguez Moñino. En esta efímera pero fundamental revista, anunciadora de una nueva sensibilidad literaria en la España de la posguerra, Sánchez Ferlosio publicaría dos nuevos relatos: «Niño fuerte» (núm. 1, mayo-junio de 1953) y «Hermanos» (núm. 4, noviembre diciembre de 1953). En «Niño fuerte» se reconoce todavía al autor de *Alfanhuí*; el relato

pertenece sin duda a la primera fase de la escritura ferlosiana, caracterizada, según él mismo, por la tendencia a incurrir en «la prosa», o sea la «bella página». «Hermanos», en un estilo mucho más realista, «roza de forma algo tosca la cuestión del enfrentamiento entre la ley y la sangre y el sentimiento de justicia, o sea, entre clan y ciudad, que no dejará de aparecer luego en varios ensayos del autor» (Dilo Manera, «Animales, piedras y un robo», *El Archipiélago. Cuadernos de Crítica de la Cultura*, núm. 31, invierno de 1980, p. 50).

Poco después se embarcaría Ferlosio en la redacción de *El Jarama*, que empezó a escribir recién terminado un relato en el que se prefigura ya el estilo de la novela: «De cinco a seis» (*Ateneo*, núm. 72, 8 de diciembre de 1954). La amplia resonancia de *El Jarama* tendría un impacto paradójicamente negativo en la trayectoria narrativa del escritor, quien, resuelto a eludir «el grotesco papelón del literato» que «se cernía como un cuervo» sobre su cabeza, no tardaría en sumirse en un prolongado y desconcertante silencio. Antes de eso, sin embargo, publicaría aún otros dos relatos, escritos en la estética objetivista que promovió *Revista Española* y que *El Jarama* consolidó: «Dientes, pólvora, febrero» (*Papeles de Son Armadans*, núm. 1, abril de 1956) y «Y el corazón caliente» (*ABC*, 20 de mayo de 1956).

Estos dos relatos del año 1956 son los que abren el presente volumen, del que quedan excluidos los cinco anteriores (los dos de *La Hora*, los dos de *Revista Española* y el de *Ateneo*). El autor nunca ha consentido rescatar ninguno de estos por considerar que «no valen nada» y albergar respecto a ellos un agudo —y no del todo infundado— sentimiento de vergüenza. Por el contrario, la segunda edición de *Industrias y andanzas de Alfanhuí*, publicada por Destino en 1961 (como núm. 200 de la colección «Áncora y Delfín»), incluía, a modo de complemento —y con la probable intención de aumentar el grosor del libro—, «Y el corazón caliente» y «Dientes, pólvora, febrero», que en las suce-

sivas reimpressiones del volumen en esa misma colección continuaron publicándose junto a la novelita.

Más allá de los motivos técnicos que pudieran determinarla, no deja de resultar chocante la decisión de reunir en un mismo volumen tres piezas de índole tan dispar. Aunque solo median cinco años entre *Alfanhuí* y los dos cuentos que se le adosaron, una y otros obedecen a estéticas radicalmente distintas. De hecho, cabría decir que pertenecen a diferentes modalidades épicas —y por supuesto estilísticas—. *Alfanhuí*, relato de formación, es, aun a pesar de su tendencia al preciosismo estilístico, una narración de corte tradicional y sabor levemente arcaico; evoca muy a su manera el viejo arte de contar historias, del que Walter Benjamin decía que era «una forma artesanal de la comunicación». La crítica ha reconocido en esta novelita ecos de los cuentos nórdicos y orientales, y la ha relacionado con la literatura fantástica e infantil. En un importante pasaje de la novela (II, 7), el mismo Alfanhuí, su protagonista, se mira en un espejo y exclama: «¡Qué antiguo soy!». Y algo de esa antigüedad impregna su propio relato. En el texto abundan las situaciones de escucha, entre las que cabe destacar muy particularmente el pasaje en que Alfanhuí, a escondidas, alimenta con ramas de romero el brasero de su abuela para que esta, estimulada por el aroma, se ponga a contar acerca «de sus mocedades, de cuando se vestía de blanco y de verde» (III, 8). La escena es arquetípica de las viejas narraciones orales, cuya fuente solía ser, según Benjamin, «la experiencia que corre de boca en boca».

La lectura de «Y el corazón caliente» y «Dientes, pólvora, febrero» supone el ingreso en un ámbito narrativo —retórico— completamente distinto. El contraste es tan acusado como el que se da entre *Alfanhuí* y *El Jarama*, novela esta última en cuya estela fueron escritos estos dos relatos, si bien en ellos la materia narrativa no está puesta, como en la novela, tan al servicio del habla de los personajes. Se trata de dos impecables ejemplos del objetivismo en boga en

aquellos momentos, practicado en el caso de Sánchez Ferlosio con rigor y austeridad que obvian las connotaciones críticas, denunciatorias, tan frecuentes en los relatos de esta escuela. Después de estos dos cuentos, el autor abandonaría definitivamente la manera en que fueron escritos. Es posible que entre sus papeles se conserven borradores de otros relatos contemporáneos a estos y de corte parecido (como se conservan, al parecer, un par de novelas escritas en relativa continuidad a *El Jarama*), pero, de ser así, ninguno ha visto la luz.

El tercero de los relatos incluidos en este volumen —y el que le da título— es muy posterior a estos dos primeros. Por medio queda la etapa «anfetamínica» del autor, esos quince años dedicados a lo que él mismo ha llamado con humor «altos estudios eclesiásticos», ocupados en interminables sesiones «de lecturas y escrituras gramaticales» («La forja de un plumífero», *El Archipiélago. Cuadernos de Crítica de la Cultura*, núm. 31, invierno de 1980, p. 76). «El escudo de Jotán» se publicó originalmente en el diario *El País*, el 18 de mayo de 1980. Poco antes, en enero de 1980, en el número 14 de la revista *Nueva Estafeta*, había aparecido un extraño texto que se presentaba como «Libro primero» de una «Historia de las Guerras Barcialeas». En el entorno del escritor corría desde hacía tiempo el rumor de que este se hallaba embarcado en un magno proyecto narrativo titulado de ese modo. El relato aparecido en *El País* parecía certificar el esperado «retorno» de Sánchez Ferlosio a la narrativa, después de un largo silencio («un explosivo silencio», según la redacción del diario) que había dado pie a todo tipo de especulaciones. Pero «El escudo de Jotán» no se encuadraba en aquella «Historia de las Guerras Barcialeas», por mucho que la imaginación que lo anima comparte ciertos rasgos con aquella, entre ellos un marco de referencias intemporal, o más bien ahistórico, en el que los acontecimientos se desarrollan con una cadencia épica, haciéndose empleo de un lenguaje de ademanes arcaizantes,

impregnado de solemnidad. En el caso de «El escudo de Jotán», esta solemnidad aparece transida de ironía, y el relato en cuestión configura una especie de humorístico y enigmático apólogo cuyo antecedente más directo seguramente sean algunas bien conocidas fábulas de Kafka, en particular «Durante la construcción de la muralla china» o «Un mensaje imperial». No en vano Franz Kafka se cuenta entre los escasísimos narradores que Ferlosio, poco aficionado a la lectura de ficción, declara haber leído y releído con fruición. (En el ya citado «La forja de un plumífero», p. 81, dice haber releído cinco y hasta siete veces obras como *América*, «Josefina la cantante o el pueblo de los ratones» o «En la colonia penitenciaria»). El apólogo kafkiano quizá sea el patrón narrativo por el que Ferlosio —a su vez lector agradecido y muy aprovechado de textos clásicos como *Calila e Dimna* o *El conde Lucanor*— ha mostrado mayor preferencia, sobre todo en su etapa más tardía.

En 1983, tres años después de su publicación en *El País*, la editorial Alfaguara hizo una edición suelta de «El escudo de Jotán», con ilustraciones de Antonio Cobos. La edición se enmarcaría en la misma colección de literatura infantil y juvenil en la que para entonces ya había aparecido el cuarto de los relatos aquí recogidos, «El huésped de las nieves» (Alfaguara, Madrid, 1982), acompañado en aquella ocasión con ilustraciones de Ricardo Bustos. Sánchez Ferlosio ha consentido de mala gana recuperar este relato, escrito ex profeso para dicha colección. Lo considera «cursi», «edulcorado» y, por si fuera poco, malogrado, debido a que, destinado supuestamente a lectores de poca edad, emplea un lenguaje adulto, a sus ojos demasiado literario. Pero es bien conocida la severidad con que Sánchez Ferlosio suele enjuiciar su propia obra. Como el lector tendrá ocasión de comprobar, «El huésped de las nieves» es un relato encantador, modélico en su género, en el que concurren tres rasgos recurrentes en la obra entera —y no solo la narrativa— de su autor: la atención a la infancia, la atracción por los

animales y la afición por las formas narrativas tradicionales («Había una vez, por los Montes de Toledo...»), ya patente, conforme se ha dicho, en *Alfanhuí*.

Con excepción de *El Jarama* y los relatos escritos en su estela, casi toda la narrativa de Ferlosio es fronteriza de lo que cabe entender, sin ninguna condescendencia, como literatura juvenil. En el número 1 de la *Revista Española*, de mayo-junio de 1953, se daba, en versión al castellano de Ferlosio, la primera entrega de «Toto el bueno», relato de Cesare Zavattini que sirvió de inspiración a la película de Vittorio de Sica *Miracolo a Milano* (1951), con guión del propio Zavattini. El relato iba precedido de una nota de la redacción —presumiblemente escrita por el propio Ferlosio— en la que se aludía a la decepción de Zavattini cuando comprobó que su relato, dirigido originalmente a los niños, no causaba entre estos mayor entusiasmo. «Tal vez esto se deba —especulaba el autor de la mencionada nota— a que el contenido de este cuento sea demasiado grave para niños, y es posible que los niños tengan derecho a no comprender nada que turbe su bienestar. Queda por averiguar hasta qué punto alcanza este derecho a los niños de cuarenta años». En la misma nota se recordaba que, al publicar su cuento en forma de libro, Zavattini lo hizo preceder de la siguiente advertencia: «Libro para niños, que pueden leer también los adultos». Una advertencia que bien podría anteceder a varios de los cuentos de Ferlosio.

Como «El escudo de Jotán», también «El reincidente», la quinta de las piezas aquí presentadas, se publicó originalmente en el diario *El País*, el 13 de diciembre de 1987, esta vez en las páginas de «Opinión», un dato que conviene tener presente. Más adelante, cuando se publicaron en Destino dos gruesos volúmenes que reunían buena parte de sus *Ensayos y artículos* (1992), Ferlosio empleó este relato como prólogo a una sección del volumen primero, titulada asimismo «El reincidente» (y en la que, en continuidad a *La homilía del ratón*, recogía también artículos en que se

ocupaba de asuntos de actualidad nacional e internacional). Es decir que por segunda vez publicaba el relato en un marco no literario, sino más bien ligado a su faceta de analista, polemista y comentarista de temas de actualidad. En más de una ocasión Ferlosio se ha manifestado especialmente satisfecho con esta parábola, que a su manera replica el célebre apólogo kafkiano titulado «Ante la Ley», y en la que cabe reconocer —bien que muy sutilmente— una suerte de «poética» personal.

«El reincidente» aún volvería a publicarse por tercera vez en *Vendrán más años malos y nos harán más ciegos* (Destino, 1993), volumen de «pecios» al que se añadía también, como si de un pecio más se tratara, «El escudo de Jotán». En una nota al pie, Ferlosio daba cuenta de la previa publicación de «El reincidente» en el primer tomo de *Ensayos y artículos*, para decir que, una vez cumplida allí su misión de prologar el bloque de artículos recogido bajo ese mismo título, el texto se reintegraba a «su sede natural». Tiene interés que Ferlosio dijera que la «sede natural» tanto de «El reincidente» como de «El escudo de Jotán» eran sus colecciones de pecios. Sobre estos se ha dicho que «no obedecen a una fórmula homogénea», sino que «mezclan reflexiones, esbozos ensayísticos, recuerdos, comentarios, epigramas, donaires, apólogos poemas...». Lo que aúna todo ese material es su condición precisamente de «pecios», es decir, de «restos de una nave naufragada o de lo que iba en ella», conforme a la definición del diccionario de María Moliner. De lo que cabe colegir que, salvo excepciones contadísimas, los escasos relatos que Sánchez Ferlosio ha dado a la luz en las últimas décadas (por no decir, con más propiedad, a lo largo de toda su trayectoria) admiten ser considerados todos ellos como eso mismo: pecios, restos o vestigios de una natural y recalcitrante inclinación a narrar que, por razones difíciles de precisar (razones de naturaleza tanto intelectual como idiosincrásica), habría quedado en

Ferlosio reprimida, desplazada o simplemente distraída por otros intereses y ocupaciones.

«Plata y ónix», el siguiente relato recogido en este volumen, posiblemente sea el más extraño al conjunto, dada la aparición en él de un elemento abiertamente fantástico (la aparición de un demonio, encargado de «comprar» almas para el infierno). El origen del relato (publicado originalmente en *La Estafeta Literaria*, núm. 268, 22 de junio de 1993) es una anécdota real oída por el autor durante una excursión a Asturias. Se trataba de una anécdota relativa a la pesca del salmón y a la obsesión a que puede dar lugar entre algunos de los aficionados a ella. Ferlosio recoge la anécdota y la emplea para ilustrar un tema muy querido por él, presente a lo largo de toda su obra: la condición irrepetible de «cuanto alienta bajo el lánguido arco de oro del tiempo consuntivo y está marcado por el dulce, amargo sino de la caducidad» (*Las semanas del jardín*, Nostromo, 1974). El relato consiste propiamente en una ilustración de este motivo, tratado por Ferlosio en no pocos de sus ensayos y pecios, en los que «el antiguo y recurrente pleito entre los bienes y valores», entre el *tiempo consuntivo* y el *tiempo adquisitivo*, constituye un asunto vertebral.

Las dos últimas piezas narrativas que integran este volumen, «Cuatro colegas» y «Carta de provincias», están dedicadas, respectivamente, a Medardo Fraile y a Miguel Delibes, dos narradores con los que Ferlosio mantuvo amistad y a los que apreciaba. «Cuatro colegas» fue la contribución que hizo Ferlosio a un volumen conmemorativo de los 50 años del Premio Nadal (Destino, 1994). Se trata de una humorada con la que insiste en un asunto al que ha dedicado atención más de una vez: el de la simpatía. Hay un pecio, incluido ya en *Vendrán más años malos...* y recogido de nuevo en *Campo de retamas* (Literatura Random House, 2015), que sirve de eficaz complemento o comentario a esta viñeta narrativa. Empieza así: «No hay nada que pueda impresionarme tan desfavorablemente como el que alguien

trate de impresionarme favorablemente. Los simpáticos me caen siempre antipáticos; los antipáticos me resultan, ciertamente, incómodos en tanto dura la conversación, pero cuando esta se acaba se han ganado mi aprecio y simpatía...» (p. 109). Vale la pena contrastar los dos textos —el de «Cuatro colegas» y el de este pecio— para apreciar de qué modo un pensamiento más o menos parecido se modula distintamente, siempre en las fronteras de lo narrativo con lo confesional y reflexivo.

«Carta de provincias», última de las ocho piezas que integran este volumen, se publicó originalmente en ABC el 24 de julio de 2004. Por aquellas fechas, Miguel Delibes acababa de publicar *Muerte y resurrección de la novela* (Destino, 2004), libro en el que reunía diversas notas y apuntes sobre novelistas españoles, de algunos de los cuales trazaba breves semblanzas. Entre ellas, la de Rafael Sánchez Ferlosio, a quien Delibes prodigaba elogios superlativos. Conmovido y agradecido por las palabras de Delibes, Ferlosio se apresuró a ultimar «un cuentecito que tenía empezado», con el objeto de dedicárselo (con tanto más motivo en cuanto en él se alude a la organización de una partida de caza, siendo bien conocida la mucha afición de Delibes por la caza menor, afición que Ferlosio compartió durante su juventud, en la que, fiado de su buena puntería, solía ir de caza por el campo extremeño, al acecho de conejos, liebres, perdices y becadas). El «cuentecito», al igual que «Dientes, pólvora, febrero», tiene por asunto la cacería de un lobo. De hecho, hay indicios para sostener que «Carta de provincias» es un relato escrito con el recuerdo muy presente de ese otro publicado casi medio siglo antes. La lectura sucesiva de los dos potencia la carga irónica del segundo, en el que la mujer que por carta da cuenta a su hijo del alboroto que en el pueblo ha provocado la presunta presencia de un lobo, le dice cómo su padre, al tener noticias de ello, se subió a una peña para otear: «Se debía acordar de aquellos años, cuarenta o más harán, en que fue

concejal y luego alcalde, que andaba el lobo muy crecido, y los pastores tenían mucha fuerza para hacerse oír».

Si a «Dientes, pólvora, febrero» y «Carta de provincias» se suma «El reincidente», son tres —sobre ocho— las piezas de este volumen que tienen lobos por protagonistas. Un dato que sugiere una particular querencia de Ferlosio por este animal, en el que él mismo reconoce una «figura característicamente infantil y que al menos en Occidente se erige en arquetipo del animal selvático, o mejor todavía “no doméstico”, amén de ser tan mitológica como la del bosque, con el que tan estrechamente se vincula». Danilo Manera ha especulado con la posibilidad de que la atracción que el lobo ejerce sobre Ferlosio se deba a que en él mismo se da «una suerte de “selvaticidad” que lo mueve a contraponer la naturaleza a la civilización, prefiriendo lo espontáneo e imprevisible a lo condicionado y previsible» («Rafael Sánchez Ferlosio e i lupi», prólogo a *Elogio del lupo*, Vascello, Roma, 1991). Palabras quizás algo subidas de tono, pero que brindan un plausible marco interpretativo —muy vago, eso sí— para las tres piezas narrativas que tienen al lobo por protagonista. Y no solo para ellas: también para relatos como «El huésped de las nieves» o como «Plata y ónix», en los que las figuras del ciervo y del salmón, respectivamente, constituyen otras tantas representaciones genuinas de una naturaleza de la que el hombre adulto permanece dolorosamente enajenado.

Aunque divulgados en diferentes antologías del cuento español de posguerra (como la que preparó Jesús Fernández Santos para Taurus, en 1963, o la de Medardo Fraile para Cátedra, en 1986), los cuentos de Rafael Sánchez Ferlosio solo en una ocasión previa a esta han sido reunidos en un mismo volumen, si bien de manera algo abigarrada. Bajo el título *El gecko. Cuentos y fragmentos*, la editorial Destino publicó en 2004 un conjunto muy heterogéneo de piezas

breves, más o menos narrativas, de muy diversa procedencia. Entre ellas se contaban siete de las ocho piezas aquí recogidas (con excepción de «El huésped de las nieves»). A ellas se añadían ocho más, cuya inclusión en este volumen ha sido descartada por diferentes razones, que se especifican a continuación.

«De los vicarios del nombre de la cosa maligna» (texto publicado originalmente en la revista *Poesía*, núm. 1, marzo de 1978) es una consideración lingüística que en absoluto permite ser tomada por un relato, por amplio que sea el concepto que uno se haga de este término.

«Los lectores del ayer» y «Los príncipes concordes» son dos fragmentos segregados de esa inconclusa «Historia de las Guerras Barciales» a la que se ha hecho ya referencia, y a la que también pertenece *El testimonio de Yarfoz* (1986). El primero de estos fragmentos se publicó, como ya se ha indicado, en *La Nueva Estafeta*, en 1980, y el segundo apareció por vez primera en *El geco*. Dada su condición fragmentaria, no parece adecuado darlos aquí como relatos autónomos. Más apropiado sería reunirlos en un volumen junto al *Testimonio de Yarfoz* y otros pasajes de la «Historia» que permanecen inéditos; un proyecto al que Ferlosio se resiste de momento, pero que los editores no desesperan de ver cumplido algún día.

Finalmente, «El peso de la Historia», «Teatro Marcello, en la ciudad de Roma», «La Gran Muralla», «El pensil sobre el Yang Tsé o la hija del emperador» y «Fragmento de una carta de Yndias» se cuentan entre los pecios recogidos en *Vendrán más años malos...*, primero, y más recientemente en *Campo de retamas*. Bastaría esto último para justificar no repetirlos aquí (al margen de otras consideraciones puntuales, como la de que «Fragmento de una carta de Yndias» sea, en rigor, una cita literal y sucinta de eso mismo: una carta de Indias escrita por Francisco Peña en 1589). Pero hay que admitir que las cuatro primeras piezas no desentonarían junto a las reunidas en el presente volumen, en el

que, como ya se ha visto, se incluyen otras dos —«El escudo de Jotán» y «El reincidente»— que en su momento el autor también dio como pecios. Lo determinante, en este caso, es la decisión de Ferlosio de segregar estas dos piezas del corpus revisado y puesto al día de sus pecios (*Campo de retamas*); una decisión que —más allá de lo dicho más arriba acerca de la común condición de pecios que en cierto modo comparten todos los cuentos y relatos de Ferlosio— autoriza el darles sitio aquí.

El criterio que conforma el presente volumen es, como se ve, más estricto y restringido que el de *El geco*. Descontando pecios y fragmentos, se dan aquí *todos* los cuentos, fábulas y relatos escritos por Rafael Sánchez Ferlosio, excepción hecha de un puñado de textos primerizos que solo tienen un interés «arqueológico» —por así decirlo— para los estudiosos. Se trata, en definitiva, de la suma más neta, cabal y completa de la narrativa breve de Ferlosio, entendiéndose por tal aquella que en la actualidad el autor suscribe y reconoce como propia.

Por lo demás, conviene alertar de los peligros a que se aboca cualquier intento de ampliar el exiguo corpus constituido por las piezas aquí reunidas. Como ha escrito Javier Fernández de Castro, expresando con particular contundencia una idea compartida por no pocos lectores y comentaristas de la obra de Ferlosio, todo lo que este ha escrito delata siempre ser «obra de un narrador» («La desmesura del narrador», *El Archipiélago. Cuadernos de Crítica de la Cultura*, núm. 31, invierno de 1980, p. 58). De ahí que resulte tentador segregar de su contexto pasajes narrativos susceptibles de funcionar autónomamente, dada la tendencia del Ferlosio ensayista a la digresión anecdótica o confesional, en las que esas trazas de narrador lucen muy portentosamente. Del mismo modo que cabría espigar de aquí y de allá, a lo largo de toda la obra de Ferlosio, numerosos fragmentos en que habla de sí mismo y de su vida, constituyendo de ese modo una especie de «memorias» involun-

tarias, cabría hacer lo mismo con un sinfín de pasajes netamente narrativos, que engrosarían sensiblemente un volumen de narraciones breves desentendido de la condición de dar únicamente aquellas que han sido pensadas como tales. Baste pensar en el memorable y desternillante «Diálogo del Gran Café Nápoles» inserto en «El caso Manrique», uno de los apéndices de *Las semanas del jardín*. O en artículos como «Weg von hier, das ist mein Ziel», que se daba «a manera de epílogo» en *La homilía del ratón* (1987).

Abundan los textos de Ferlosio que abonan lo que dice Fernández de Castro acerca de «la inutilidad y la desconsideración inherentes a cualquier distinción entre ensayo y ficción» cuando se trata de un autor como él. Algo especialmente patente, como es de esperar, en el *totum revolutum* de los pecios. Pero no tiene sentido llevar estas consideraciones demasiado lejos. Menos aún si se tiene en cuenta que el propio Ferlosio es el primero en prestar atención a la especificidad de los distintos géneros narrativos, acerca de los cuales propuso en su día el siguiente «esquema», publicado en el diario *El País* el 24 de agosto de 1996:

Habría, en un principio, una posibilidad de definir y distinguir entre sí de forma extremadamente inequívoca y rigurosa, los géneros narrativos que llamamos «fábula», «cuento» y «novela», a partir de las puras fórmulas lingüísticas que caracterizan sus respectivos modelos ideales. El protagonista de la fábula es el universal, como lo prueba el que ya lleve artículo determinado en su agnición o primera aparición; solo el universal, por cuanto comporta el acto intencional que refleja la mención sobre la lengua misma, constituye, en efecto, en «personaje» un ser ya conocido para todo oyente: «El cordero bajó a beber al río; el lobo, que estaba bebiendo aguas arriba de él, le dijo...». El protagonista del cuento es, en cambio, un particular individual indefinido, como lo prueba el que su mención de agnición se componga de un nombre común pre-